

Giscard

reformada, desprendida de los mitos visibles de la derecha, pero situada siempre en las transmisiones de poder y propiedad con más apertura que en el liberalismo clásico. Es decir, con las clases sociales menos impermeables, menos en compartimiento estanco que antes. Hablando de su propio programa —expuesto en el libro—, Giscard explica que lo que propone "acentúa la difusión de las responsabilidades y de las libertades", y que, en realidad, su idea de "liberalismo avanzado" es la de un "pluralismo"; pero que elige el término de liberalismo avanzado "por razones de semántica". ¿Cuáles son esas razones? "El término de 'liberalismo', dentro de la conciencia profunda francesa, encuentra su raíz en un cierto análisis del siglo XIX, que le da, según yo creo, una coloración demasiado conservadora. Esto es solamente por la historia política de nuestro país, y creo que el camino a partir del pluralismo está más limpio de las clasificaciones del pasado de lo que sería el camino a partir del liberalismo". Todo ello relacionado con un mito de "carácter nacional" muy propio de la derecha: "Considero que Francia es un país en el cual el temperamento nacional, los rasgos de nuestro carácter, hacen que haya que conceder una gran parte a la difusión de responsabilidades y a la protección de ciertas libertades". La traducción del juego semántico es la de que Giscard d'Estaing entiende que es necesario evitar el colectivismo, manteniendo un sistema jerárquico —en la empresa y en la vida—, que es lo que se entiende por "responsabilidades", y la defensa de "ciertas libertades" son las del individuo frente a un Estado dirigista. Léase socialista.

La alternativa que podría tener Francia a este tipo de Gobierno pluralista de liberalismo avanzado sería la socialdemocracia. La socialdemocracia no estaría demasiado lejos de la idea de Giscard, tal como se ve en otros países "de la estructura común de la sociedad europea" (léase Alemania Federal, Austria). Pero ¿la socialdemocracia tiene representantes en Francia? Según Giscard, no enteramente. Hay socialdemócratas, pero estos están incluidos ya en la forma de poder actual, aunque haya algunos también en la oposición. "Pero no hay una verdadera propuesta socialdemócrata para Francia. Y este es, a mi juicio, el gran error histórico de ciertos miembros de la oposición. Es habitual decir que han realizado una operación brillante proponiendo otra fórmula, la fórmula del Programa Común. Mi juicio es contrario. Creo que si hubiera una propuesta socialdemócrata en Francia, tendría mucho más interés y mucha más base que la propuesta del Programa Común. A

partir del momento en que la propuesta es la del Programa Común, no hay lugar a pronunciarse sobre un turno de alternativa socialdemócrata que no ha sido propuesto; pero si en un momento dado se hiciera esta propuesta, estimo que podría ejercerse en el interior de nuestro cuadro institucional y de nuestro concepto de la sociedad". Traducción: el Programa Común (socialista-comunista) no puede encontrar su lugar en el "cuadro institucional". Viene a ser, por lo tanto, una subversión. Ni en el concepto francés de sociedad, lo que le califica como aberración.

Ha sido forzosamente más dura la discusión sobre propuestas y proyectos de sociedad en la Asamblea Nacional, en el curso del debate de la moción de censura propuesta por la oposición contra una parte del "Plan Barre" de reformas económicas (moción perdida por la oposición, como estaba previsto: sólo obtuvo 181 votos, cuando hubiera necesitado 242). El primer ministro, Barre, ha descrito de esta forma el Programa Común: "La lógica del Programa Común conduce al retroceso de Francia, a la regresión de su economía y al descenso del nivel de vida de los franceses". Y Mitterrand contraataca: "¿Será necesario que para tranquilizar los nervios de vuestros agentes de Bolsa se acalle a la oposición? ¿Que cese de presentar, en calma, su programa? Poniendo en evidencia un pretendido lazo de unión entre un programa de nacionalizaciones propuesto en 1972 y la baja reciente de la Bolsa, ¿quiere usted indicar que debo callarme, que no debe haber debate democrático?".

Todo son ya prólogos a la aún lejana fecha electoral, lo cual indicaría, si no se supiera de antemano, la enorme carga política e histórica que pueden suponer esas elecciones en Francia y, teniendo en cuenta su carácter de caja de resonancia, en todo el mundo. Giscard está actuando muy inteligentemente en su busca de una derecha que dé la sensación de equilibrio, del centrismo con el que sueñan todos los grandes de la derecha, y que nunca consigue nadie alcanzar de una manera real. Su problema está en que no le basta ahora con escribir libros o pronunciar conferencias, sino que tiene el poder en las manos. Un poder que, por una parte, es trascendental para ganar unas elecciones, pero, por otra, obliga a ir cumpliendo los programas que se enuncian, sobre todo cuando se hace con esta antelación. De aquí a la fecha electoral se verá si el "Plan Barre" ha sido suficiente para restaurar un equilibrio económico en Francia, para que no tenga que pagarlo la inmensa mayoría en beneficio de la minoría poseedora y para que el "liberalismo avanzado" sea de verdad una fórmula válida para una derecha que sea auténticamente nueva. ■

Irlanda

Crisis en la crisis

Caroll O'Daly,
Presidente
dimitido.



EL Presidente de Irlanda era un hombre situado "por encima de los partidos", frase ésta que siempre representa un ideal de neutralidad en la Jefatura del Estado difícil de cumplir; tan difícil de cumplir, que el Presidente Caroll O'Daly (en gaélico, Carball O'Dalaigh) ha tenido que dimitir, provocando una crisis grave en el país. El Presidente era un jurista puro, de fama internacional, y encontró un escollo grave en la Ley contra el Terrorismo que había decidido el Gobierno y aceptado el Parlamento: la encontró anticonstitucional. Como suele suceder con estas leyes que quieren prevenir el terrorismo, y especialmente en Irlanda, tan metida en la lucha del Ulster, recortaba las libertades individuales de todos. La realidad es que los terroristas actúan al margen de la ley, y de todas las leyes posibles, y ningún texto oficial es suficiente para detenerles; en cambio, esos textos oficiales dañan la textura democrática de las naciones, basada en la ampliación máxima de las libertades individuales.

O'Daly, en su doble acepción de Presidente y, por lo tanto, guardián de la Constitución, y en la de jurista sobre la que está basada toda su biografía, consideró peligrosa la Ley y la envió al Tribunal Supremo para que éste determinara si era o no constitucional. Se enfrentó con dos problemas: uno, que el ministro de Defensa, a quien se debe en gran parte la dura Ley de represión, considerase públicamente desacertada la decisión del Presidente con una frase que éste consideró ofensiva: "Tenemos una desgracia de Presidente"; otra, que el Tribunal Supremo falló en contra del Presidente y, por lo tanto, a fa-

vor de la constitucionalidad de la Ley antiterrorista. La primera cuestión fue ampliándose en círculos concéntricos: el ministro de Defensa, Donegan, presentó excusas al Presidente, pero no dimitió; el Presidente no aceptó las excusas y pidió su dimisión. Pero el Gobierno hizo causa común con el ministro. Aún quedaba el Parlamento, pero el Parlamento apoyó al Gobierno y rechazó la moción de dimisión que presentaba el grupo de la oposición. Aún hubiera podido mantenerse el Presidente de la República, pero la decisión del Tribunal Supremo ha terminado de desautorizarle. El Presidente es un hombre sin partido y sin votos populares; había sido nombrado por consenso general de todos los partidos, para evitar unas elecciones que hubiesen sido difíciles. Tiene, sin embargo, una gran parte de la opinión pública a su favor, y el Gobierno se está viendo acusado por gran parte de la prensa por su insensatez. Con lo cual es muy posible que tenga, a su vez, que dimitir, y el país se encuentre sin Gobierno y sin Presidente. Y quizá enfrentado a la necesidad de dos elecciones: unas presidenciales y otras parlamentarias, si la doble crisis precipita, como es posible, una disolución del Parlamento.

Existe también la posibilidad de que, otra vez, los principales partidos políticos se pongan de acuerdo para la elección de otro Presidente "por encima de los partidos", como fue el caso de O'Daly; este nuevo Presidente recibiría la dimisión protocolaria del Gobierno actual y nombraría uno nuevo, en el que ya no figurase el actual ministro de Defensa. Y se habría puesto solamente otro parche a la difícil situación política de Irlanda. ■